

italiano, e inmediatamente se incorporó a la estructura juvenil y miliciana del PSOE. Su participación en la Revolución de Octubre y la condena irrisoria que le impuso el tribunal que le juzgó le llevaron a emitir este curioso juicio sobre su patria de acogida: «Viva España, donde la insurrección no se paga cara. Qué absurdo país»⁷. Murió en combate, al principio de la Guerra Civil, al frente del llamado «Batallón Octubre», nombre mítico, por partida doble, en el nomenclátor revolucionario. En el capítulo titulado «Bajo el signo de la revolución», se traza la sinuosa biografía del político republicano, masón y ardiente anticlerical Rafael Salazar Alonso. Pese a estos antecedentes, la izquierda no le perdonó su papel como ministro de Gobernación en el Bienio negro ni su presencia en el entierro de Calvo Sotelo. Acusado de complicidad con el levantamiento militar, un «tribunal popular» lo condenó a muerte en septiembre de 1936. Aunque en primera instancia el gobierno de Largo Caballero se negó, por una ajustada mayoría, a confirmar la sentencia, el temor a una nueva masacre en las cárceles –«esa decisión puede costar más de cien vidas», aseguró el presidente del tribunal– llevó a Indalecio Prieto a cambiar su voto y dar así luz verde a la ejecución.

El autor de este capítulo, Nigel Townson, publicó hace veinte años un libro todavía imprescindible sobre el fracaso del centro político en la Segunda República española⁸. Su semblanza de Salazar Alonso abunda en esa misma idea. La República «de orden» que pretendió defender carecía

de apoyos suficientes para ser viable, como se puso de manifiesto con el descalabro electoral de la candidatura centrista impulsada por Alcalá-Zamora y Portela Valladares en las elecciones de febrero de 1936. Quienes aspiraron a actuar como fuerza de interposición, intentando amortiguar el choque entre las dos Españas, acabaron siendo engullidos por una de ellas o repudiados por las dos. Se lo había advertido el socialista Luis Araquistáin a Manuel Azaña en un artículo publicado en *Leviatán* en marzo de 1936: «A un bando o a otro, a la revolución o a la contrarrevolución. No hay término medio, y quien sueñe en términos medios y se obstine en situarse en un centro imaginario, se expone a ser abrasado entre dos fuegos»⁹. Esto último iba por Azaña y su –según Araquistáin– política de mano tendida a la derecha, en un gesto desesperado por reconducir una situación fuera de control, tal como el propio Azaña reconoció en su diario tras la victoria del Frente Popular: «La gente anda suelta por las calles»¹⁰.

El último capítulo, obra de **Fernando del Rey**, cuenta la persecución y muerte de **Andrés Maroto**, diputado conservador y líder del movimiento asociativo de labradores y terratenientes en la provincia de **Ciudad Real**. El personaje se inscribe en un doble contexto, social y territorial, que Del Rey conoce muy bien. Asesinado en Madrid en septiembre de 1936, tras una de las expediciones punitivas realizadas por las milicias, su caso ilustra perfectamente el «politicidio selectivo», como lo llama el autor, llevado a cabo en ambas